



**Cincuenta y dos
pequeñas lecciones de
¡Qué bello es vivir!**

BOB WELCH

**Plataforma
Editorial**

**Cincuenta y dos
pequeñas lecciones de
*Qué bello es vivir***

Bob Welch

Traducción de
Pablo Hermida Lazcano



Título original: *52 Little Lessons from It's a Wonderful Life*,
originalmente publicado en inglés, en 2012, por Thomas Nelson

Published by arrangement with Thomas Nelson, a division of
HarperCollins Christian Publishing, Inc.

© 2012 by Bob Welch

Primera edición en esta colección: noviembre de 2021

© de la traducción, Pablo Hermida Lazcano, 2021

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2021

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1^a - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-18582-59-2

Diseño de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Nota del autor

Lección 1: Dios honra nuestra «fe infantil»

Lección 2: Los desvalidos importan

Lección 3: A veces solo tienes que bailar

Lección 4: Al mundo le importas

Lección 5: La autocompasión distorsiona nuestra visión

Lección 6: Las más grandes aventuras de la vida dependen de las personas, no de los lugares ni de las cosas

Lección 7: No puedes huir de tus problemas

Lección 8: Pedir consejo es de sabios

Lección 9: Detente para dar gracias por lo que tienes

Lección 10: No hay impacto sin contacto

Lección 11: Cuando te critiquen, considera la fuente

Lección 12: Encuentra tu propia Bedford Falls dondequiera que vivas

Lección 13: Es inútil intentar no ser menos que el vecino

Lección 14: Todo cambia con la perspectiva

Lección 15: La oración lo cambia todo

Lección 16: Deléitate con los logros ajenos

Lección 17: No esperes a decirle a alguien que te importa

Lección 18: Todo viaje tiene un destino secreto

Lección 19: No busques lo que es, sino lo que puede ser

Lección 20: Es ayudando a otros como nos ayudamos a nosotros mismos

Lección 21: La vida no es un camino de rosas

Lección 22: Hace falta un pueblo entero para educar a un niño

Lección 23: Las vidas discretas pueden causar mayor impacto

Lección 24: Ningún hombre es una isla

Lección 25: El mayor regalo de Dios es la vida

Lección 26: El mayor regalo que puedes hacer es la gracia

Lección 27: Hay mucho que decir a favor de los compromisos a largo plazo

Lección 28: Obras son amores, y no buenas razones

Lección 29: Busca lo mejor en las personas

Lección 30: La venganza no es cosa nuestra, dice el Señor

Lección 31: Nadie es perfecto..., lo cual nos conduce a la gracia

Lección 32: La esencia de la vida son las relaciones

Lección 33: Lo que desencadena el auténtico cambio es la auténtica humildad

Lección 34: La fama no equivale al éxito, ni el anonimato al fracaso

Lección 35: La amargura se vuelve contra la persona amargada

Lección 36: La vida sencilla nos ayuda a apreciar lo más significativo

Lección 37: Los ideales elevados son un afán honorable

Lección 38: Los sueños perdidos pueden ser oportunidades halladas

Lección 39: No es oro todo lo que reluce

Lección 40: La gente responde a los ejemplos honorables

Lección 41: La ayuda a los otros requiere sacrificio

Lección 42: Busca amigos que saquen lo mejor de ti

Lección 43: La desesperación puede ser un catalizador para las cosas grandes

Lección 44: Existen los milagros

Lección 45: La edad es irrelevante; tu forma de vivir no

Lección 46: Las personas más ricas de la ciudad podrían tener poco dinero

Lección 47: El mundo necesita más monsergas sentimentales

Lección 48: Presta atención a la tarea que te ocupa

Lección 49: Las personas pueden cambiar

Lección 50: Al entrar en el mundo de un niño se expande tu mundo

Lección 51: Algunas flores tardan en florecer

Lección 52: Las revisiones de la vida fortalecen el guion

Notas

Agradecimientos

*A aquellos que poseen la convicción para creer y el coraje
para explorar.*

Lo que necesitamos con apremio no es hacer
cosas, sino creer en las cosas.

OSWALD CHAMBERS

Nota del autor

Un banco de la ciudad en la que vivo exige un interesante requisito para todos los nuevos empleados durante el programa de orientación: han de ver una serie de escenas de *¡Qué bello es vivir!*

«El mensaje de esa película —me explicó el presidente del banco— es el mensaje con el que deseamos que acudan a diario al trabajo nuestros empleados: la idea de que nuestras acciones marcan una diferencia en la comunidad a la que pertenecemos».

Yo vi por primera vez el filme en mi época universitaria, durante unas vacaciones en casa a mediados de los años setenta. Y, a lo largo de las décadas, he llegado a apreciar en la película lo mismo que valora el presidente del banco. Es un «momento pedagógico» de hora y media de duración.

A lo largo de esos años, de vez en cuando iba poniendo por escrito alguna de esas lecciones. No tardé mucho en percatarme de que contaba con una lección semanal para un año entero: cincuenta y dos pepitas de sabiduría. Así pues, este largometraje puede ser algo más que un mero entretenimiento vacacional. Dado que en nuestra familia, como en tantas otras, existe la tradición de verla cada mes de diciembre, la película puede inspirarnos para vivir unas

vidas mejores. Para reconocer lo que importa realmente. Para ser personas honorables e íntegras.

Desde hace casi cuatro decenios, me gano la vida escribiendo libros y artículos para revistas y periódicos con un énfasis decidido en las personas que inspiran. George Bailey, Mary Hatch y otros muchos personajes del reparto de *¡Qué bello es vivir!* son ciertamente ejemplares y, en esencia, perviven en todos aquellos que se toman en serio las lecciones discretas, pero enriquecedoras, que aprenden en Bedford Falls.

BOB WELCH
Eugene, Oregón

1. Dios honra nuestra «fe infantil»

Sí, pero tiene la candorosa fe de un niño.

EL ÁNGEL FRANKLIN

La escena inicial de *¡Qué bello es vivir!* nos ofrece una de esas lecciones de vida que te pierdes si pestañeas y cuya profundidad puede pasar inadvertida fácilmente. En el cielo, los ángeles Joseph y Franklin, representados por sendas estrellas centelleantes, están discutiendo a quién podrían enviar a la tierra a ocuparse de un suicida llamado George Bailey. Joseph sugiere que es el turno de un ángel llamado Clarence, aunque lamenta que este «tiene el coeficiente intelectual de un conejo».

«Sí —dice Franklin—, pero tiene la candorosa fe de un niño».

Este es un gran elogio. No solo proviene de un ángel, sino al parecer de un ángel de alto rango, habida cuenta de que Franklin tiene la autoridad última para decidir quién será enviado a la tierra para intentar salvar la vida de un hombre. Presumiblemente, la pléyade angelical se extiende mucho más allá de Joseph y Clarence. Y, sin embargo, Clarence es «el elegido» de Franklin en este caso.

¿Por qué? Desde luego no por su historial. Después de todo, Clarence es tan solo un Ángel de Segunda Clase. Todavía no se ha ganado las alas, y el comentario de Franklin de que «hemos desistido» sugiere que no es porque no le hayan dado la oportunidad de demostrar su valía. El propio Clarence da a entender que su trayectoria deja bastante que desear, al decirle a Franklin que lleva más de doscientos años esperando para ganarse las alas y «la gente empieza a murmurar». Claramente se trata de un ángel con problemas, entre los cuales figura su complejo de inferioridad.

La idea de que Clarence tal vez no sea el más espabilado de los ángeles es recalcada por su apellido, Odbody («Bicho Raro»), que no solo sugiere que es un pelín extravagante, sino que también puede provenir de un extenso linaje de tipos estafalarios. Físicamente resulta decepcionante, un personaje de aspecto pusilánime con un camisón bordado del siglo XVII. Y su ineptitud es subrayada por el comentario de Joseph acerca de su «coeficiente intelectual de un conejo», suponiendo, por supuesto, que la opinión de Joseph no esté distorsionada por algún tipo de sesgo. Y aparentemente no lo está, dado que Franklin no discrepa de Joseph sobre el particular. Parece sugerir que, en efecto, eso puede ser cierto, pero que hay que priorizar otros factores.

El más importante de estos considerandos, sugiere Franklin, es la fe del ángel. Y esta es algo tan relevante que triunfa sobre todo lo demás.

¿Qué es, pues, esa «fe infantil» que Franklin tiene en tan alta estima? Para empezar, es algo que no debemos tomarnos a la ligera. En Mateo 19, 14, cuando los discípulos reprenden a aquellos que han llevado niños pequeños a Jesús, ¿qué es lo que dice este?: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los que son como estos es el reino de los cielos».

Es evidente que a Jesús le encantan los niños. Ve algo especial en ellos. Los defiende de manera semejante a como Franklin ve algo en Clarence y lo defiende. Pero ¿dónde radica el enorme atractivo del enfoque de la fe de los niños? Aunque Jesús no nos da más pistas al respecto, la respuesta estriba en la forma en que estos se plantean la vida. En cuanto que niños, no estamos hastiados por la sofisticación del mundo. Somos reales. Somos humildes. Estamos dispuestos a reconocer nuestras necesidades y a confiar en que otros pueden ayudarnos. Somos modestos y aventureros. Somos alegres e imaginativos. Y somos intrépidos y estamos dispuestos a asumir riesgos; una versión juvenil de lo que el maestro de la Biblia de principios del siglo xx Oswald Chambers denomina «alegría imprudente».¹

Y después, por supuesto, crecemos. ¿Y qué sucede? En muchos casos nos hastiamos del mundo. En lugar de ser auténticos, racionalizamos nuestros comportamientos. Aprendemos a dar un sesgo personal a nuestros defectos en lugar de ocuparnos de ellos. Nos volvemos pretenciosos. Nos lanzamos a toda suerte de aventuras físicas, pero

somos cobardes en lo que concierne a las relaciones, saltamos de una persona a la siguiente y nos falta valor para comprometernos.

Ocultamos nuestras necesidades ante los demás. Ante Dios. Ante nosotros mismos. Vamos a lo seguro y nos conformamos con demasiado poco en la vida. En lugar de vivir por la fe, abrazamos una de las múltiples formas de legalismo, ya sea en alguna versión secular, ya en una religiosa. En vez de intentar agradar a Dios con la simple fe, complicamos las cosas tratando de demostrarle cuán valiosos somos mediante nuestras obras. Estamos llenos de temor, pero lo enmascaramos con nuestras ocupaciones, adicciones o racionalizaciones, mientras nos afanamos desesperadamente en convencernos de que estamos satisfechos. En realidad, poco sabemos de la «alegría imprudente» de Chambers.

Clarence no. No, señor. Él es auténtico y vive para unos ideales más profundos en lugar de limitarse a dejarse llevar por la corriente; ideales que dimanan de su aproximación infantil a la vida. Puede que el bar de Nick sirva «bebidas fuertes» para «hombres que quieren emborracharse deprisa», pero Clarence pide el «vino caliente y especiado, con mucha canela y poco clavo». Es humilde y honesto. («No tuve tiempo de coger ropa interior elegante. Mi mujer me regaló esta en mi último cumpleaños. Morí con ella»). Es imaginativo; recordemos que el punto de vista en torno al cual gira toda la película —George viendo cómo habría sido la vida sin él— fue idea de Clarence. Y finalmente, es

un hombre —mejor dicho, un ángel— sencillo, lleno de fe infantil.

Clarence cree en George Bailey. Cree en su plan para ayudar a salvarlo. Pero, por encima de todo, cree en aquel que lo ha enviado y rezuma un cierto sentido de privilegio por haber sido elegido para formar parte de su plan.

Sí, es un ángel tonto llamado Clarence. Pero el uso que el director Frank Capra hace de él en este sentido afirma verdades más profundas a propósito de un Dios que ha escogido con frecuencia a la clase de personas que el mundo en general no habría elegido: David, un humilde pastor; Moisés, un tartamudo con baja autoestima; y Rahab, una prostituta. Al escoger a Clarence, Capra, a sabiendas o no, promovió una verdad acerca de la fe infantil sugerida en 1 Corintios 1, 27: «Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para avergonzar a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte».

En vista de ello, ¿podría utilizar asimismo a personas imperfectas como tú y como yo?

2. Los desvalidos importan

Recuerde esto, señor Potter: esa chusma de la que usted habla... trabaja, paga, vive y muere en esta comunidad.

GEORGE BAILEY

Estamos en 1928. Peter Bailey ha muerto, el miembro de la junta directiva Henry F. Potter quiere disolver la compañía de empréstitos, y el hijo de Peter, George, que va a ir a estudiar a la universidad, corre a defender el nombre de su padre.

Olvidemos ahora que el taxi está esperando abajo, presumiblemente para llevar a George a la estación de tren de la que va a partir hacia alguna escuela de ingeniería para aprender a «construir cosas». (Y, por favor, querido lector, no dediques ni un nanosegundo a intentar entender cómo Potter, en una época anterior a la Ley para Estadounidenses con Discapacidades, sube en su silla de ruedas hasta lo que parece ser el segundo piso de la compañía de empréstitos). El caso es que todavía está caliente el cuerpo de Peter Bailey y el viejo gruñón Potter ya está mancillando el nombre de su rival.

Entra George, con el brazalete negro de luto en la manga de su abrigo y su ira creciendo como la ceniza del monte Santa Helena allá por 1980. Recordemos que la batalla de Potter contra Peter se lleva librando al menos una década, desde aquel día de su niñez en que George acude a su padre en busca de consejo durante el incidente del señor Gower y el veneno y oye a Potter tachar a su padre de «miserable fracasado», que no está dirigiendo un negocio, sino una «institución benéfica».

George había salido entonces en defensa de su padre —«¡No es un fracasado!»— y vuelve a defenderlo ahora. Cuando Potter desdeña a Peter Bailey como un «ingenuo soñador» que echaba a perder la empresa mientras intentaba cuidar de la «holgazana chusma» de la ciudad, George estalla.

«No ahorró suficiente dinero para mandar a Harry a la universidad y menos a mí —dice—. En cambio, ayudó a unas cuantas personas a salir de los suburbios, señor Potter. ¿Y qué hay de malo en ello?» Potter pone los ojos en blanco y bosteza. Pero George no ha terminado. «Recuerde esto, señor Potter: esa chusma de la que usted habla... trabaja, paga, vive y muere en esta comunidad. ¿Acaso supone un exceso conseguir que trabaje, pague, viva y muera en un par de habitaciones decentes y un baño? Al menos mi padre creía que no.»

Los Bailey han sido desde hace tiempo —y, gracias a George, continúan siendo— defensores de los desvalidos, hacedores de Mateo 5, 42: «Dale a quien te pida, y al que

desea que le prestes algo no le vuelvas la espalda». La compañía de empréstitos es claramente un lugar para las personas, que concede a los vagabundos el beneficio de la duda. La actitud no es «Demuéstrame que te mereces nuestra ayuda». La actitud es «¿Cómo podemos ayudarte a ayudarte a ti mismo?».

Potter rechaza una solicitud de préstamo de Ernie Bishop, el taxista que, según dice, «se pasa todo el día amuermado en su taxi». La compañía de empréstitos le concede un préstamo de cinco mil dólares para ayudarle a él y a su familia a construir una casa.

Potter se refiere indirectamente al señor Martini, el dueño del bar restaurante italiano, como un «comedor de ajos». No solo la sociedad de empréstitos ayuda a Martini a comprarse una casa, sino que, además, George y Mary encabezan la celebración *in situ* el día que la familia toma posesión de ella.

Cierto es que la película describe a Violet Bick como una coqueta que probablemente no cursó estudios de posgrado en el MIT. (En la escena del baile, observarás que es la única chica vestida de negro, una insinuación de que es una persona un tanto turbia). Ahora bien, mientras que Potter la considera una fresca y, cuando George acude a verlo en Nochebuena, llega a sugerir que George y Violet se están viendo a escondidas, George la trata con un profundo respeto. En el baile, incluso cuando, al ver a Mary, George deja pasar la oportunidad de bailar con Vi, tiene la decencia de decir: «Discúlpame, Violet». Y, lo que

es más importante, en esa Nochebuena decisiva, en medio de toda la emoción causada porque su hermano Harry ha recibido la «Medalla de Honor del Congreso» y todo el terror del inspector del banco que quiere examinar los libros de la compañía de empréstitos —y con el reconocimiento por parte de George ante el inspector bancario de que la compañía está en quiebra—, saca tiempo para atender a Violet cuando esta pasa por la oficina. No solo eso, sino que podemos suponer asimismo que el papel que le entrega en un sobre es una carta de referencia para su traslado a Nueva York. Luego le da algo de su propio dinero para ayudarla a empezar y, cuando esta protesta, le replica: «Se trata de un préstamo. En eso consiste mi negocio. Construir y prestar».

Es una escena sutilmente poderosa: básicamente, una persona arruinada concediendo a otra persona arruinada un préstamo que todos sabemos que no es un préstamo en absoluto. Es un regalo puro y duro. En el mundo de Potter, aquel que muere con más dinero y poder es el ganador; sus bienes son poder, y el poder equivale a la virtud. En cambio, en el mundo de los Bailey, quien posee algo, por poco que sea, debería compartirlo con aquellos que nada tienen.

A ojos del mundo —o al menos del mundo del viejo Potter—, lo que importa es lo que puedes conseguir. A ojos de los Bailey, lo importante es lo que puedes dar. (Obsérvese ese cartel en el despacho de Peter Bailey: «Todo cuanto puedes llevarte contigo es aquello que has regalado».)¹

¿Quién vive la vida más rica? Preguntémoselo al señor Potter en Nochebuena, cuando está sentado a solas en su despacho mientras la ciudad brinda por George Bailey.

3. A veces solo tienes que bailar

¿Recuerdas a mi hermana pequeña Mary? ¿Podrías bailar con ella?

MARTY HATCH

Es primavera, y Mary Hatch y Harry Bailey forman parte de la clase que se gradúa en 1928 y que celebra su baile en el gimnasio de Bedford High; ya sabes, el del suelo retráctil que desvela una piscina. (Filmado, por cierto, en Beverly Hills High, donde todavía existe esa instalación de gimnasio y piscina).

George ha acudido a regañadientes. ¿Por qué? En primer lugar, porque Harry lo había invitado esa misma noche durante aquella enérgica escena de la cena en el hogar de los Bailey. «¿Qué dices? —responde George—, ¿y que me muera de aburrimiento?». Y, en segundo lugar, porque su discusión con su padre acerca de la posibilidad de hacerse cargo de la Compañía de Empréstitos Bailey ha enturbiado levemente su sueño cristalino de ir a la universidad y posteriormente, como le explicó a su padre, «construir cosas..., diseñar nuevos edificios..., proyectar ciudades modernas».

Así pues, incluso un baile de instituto —George tiene veintidós años en esa escena— podría ayudarle a olvidar que quizás haya decepcionado a su padre o, Dios no lo quiera, vaya a acabar «encerrado para el resto de [su] vida en una pequeña y destartalada oficina».

Poco importa que Jimmy Stewart tuviera treinta y ocho años cuando se rodó la película; George está atrapado en un lugar incómodo: no es realmente un hombre ni es realmente un niño. No se siente a gusto hablando de carreras con los padres ni rodeado en el baile de los amigos de su hermano, unos chicos a los que saca cuatro años.

Por citar una canción de la década de 1960: «Entonces llega Mary». ^{1*}

Marty, el hermano mayor de esta —que había aparecido en esa escena inicial de los trineos, bajando en su pala de nieve la montaña helada justo detrás de George—, le pide un favor: «¿Recuerdas a mi hermana pequeña Mary? ¿Podrías bailar con ella?».

George es un tipo responsable; «ha nacido mayor», dice su padre. ¿Por qué habría de querer bailar con la hermana pequeña de Marty, esa niña que está en el mostrador de los refrescos, a la que empieza tratando de «estúpida», esa chica que...

¡Vaya! De repente la ve. *Esa* es la razón, advierte mientras el rostro de suaves contornos de la muchacha mira hacia él. Es preciosa. Una flor totalmente abierta. (Por cierto, por aquel entonces, Donna Reed era, a sus veinticinco, solo siete años mayor que la Mary Hatch a la

que interpretaba). Y, sin embargo, aunque George se muestra muy seguro de sí mismo —al hablar de la universidad, de construir ciudades modernas, etcétera—, no es un tipo atrevido, que digamos. Después de todo, presumiblemente se ha pasado los cuatro últimos años trabajando para su padre en la compañía de empréstitos. Y probablemente no sepa bailar mejor de lo que el viejo Potter sabe sonreír.

Pero ¿qué es lo que hace? Baila con Mary Hatch. Y no un baile puramente maquinal, sino una enérgica interpretación del charlestón, con una sonrisa amplia y con desenfreno, entrecruzando las rodillas con las manos y todo lo demás. Sigue bailando incluso después de que su hermano Harry anuncie que se trata de un concurso, lo que, por supuesto, le habría brindado una estupenda excusa para librarse, alegando que no es «lo suficientemente bueno». Continúa bailando hasta cuando la pista comienza a dividirse como el mar Rojo. Sigue bailando incluso una vez que Mary y él han caído a la piscina.

¿Y sabes qué?

Aquello le cambia la vida. De veras. Si George no hubiera corrido ese pequeño riesgo, puede que jamás hubiese acabado con Mary, quien saca lo mejor de él, de sus hijos y de Bedford Falls. Ah, y por cierto, hay un pequeño guiño, avanzada la película, que sugiere que George y Mary causaron sensación con los jueces y ganaron el concurso de charlestón. En la escena del pánico bancario, mientras

George está en la ventana justo antes de hablar por teléfono con el viejo Potter, vemos un trofeo en una vitrina. Se parece sospechosamente al que su hermano Harry, organizador del certamen de baile, estaba sosteniendo al anunciar el evento.

El camino seguro —el confort— resulta seductor, pero no desarrolla el carácter. Ni abre posibilidades. Ni permite ganar concursos de baile. Ni te lleva a enamorarte ni te cambia la vida.

Por consiguiente, cuando se te presente la oportunidad, baila. Como dice George, justo después de confesarle a Mary que no es un bailarín: «¿Qué podemos perder?».

4. Al mundo le importas

Es curioso, ¿verdad? La vida de cada hombre afecta a muchas otras vidas, y cuando él no está deja un terrible vacío, ¿no es cierto?

CLARENCE

En su *tour* de Nochebuena de «La vida sin George», nuestro atormentado protagonista acaba de ver cómo su madre le cierra la puerta en las narices en la pensión de Mamá Bailey. Esta no admite siquiera conocer a George, ¿cómo iba a conocerlo? Después de todo, en la estratagema de Clarence para hacer comprender a George lo importante que ha sido su vida, le muestra cómo habría sido la vida si él nunca hubiera nacido.

Tras el encuentro, el joven señor Bailey sigue convencido de haber sido sometido por Clarence a «alguna clase de hechizo». Su desesperación se refleja en uno de esos dramáticos primeros planos de Capra del rostro de George. Vemos una expresión de pánico, de temor, de desconcierto emocional, totalmente opuesta a ese primer plano optimista anterior en la película, cuando Capra muestra un fotograma congelado de su joven prodigio en busca de una